

UNOJITO, DOSOJITOS, TRESOJITOS, cuento de los hermanos Grimm

Érase una mujer con tres hijas, de las cuales la mayor se llamaba Unojito, porque sólo tenía un ojo en medio de la frente; la segunda, Dosojitos, porque tenía dos ojos, como el común de los mortales, y la pequeña, Tresojitos, porque tenía tres, uno de ellos también en mitad de la frente. Como la segunda se parecía á todas las demás personas, sus hermanas y su madre no podían sufrirla, y solían decirle: «Tú, que tienes dos ojos, no eres mejor que el vulgo y no mereces alternar con nosotras.» Además la golpeaban; le daban las peores ropas y la comida que ellas no querían, y le causaban todas las penas imaginables.

Dosojitos había de salir al campo á guardar la cabra, y la pobre sentía mucha hambre, porque sus hermanas le daban muy poco que comer. Cierta día sentóse á la linde de un bosque, y comenzó á llorar de tal manera, que de sus ojos brotaron dos fuentecitas. De pronto vió á su lado á una mujer que le preguntó:

—¿Por qué lloras, Dosojitos?

—¡Cómo no he de llorar! Mi madre y mis hermanas no pueden sufrirme porque tengo dos ojos, como la demás gente; me arrojan de un rincón á otro, me dan sus vestidos viejos y los restos de su comida. Hoy he comido tan poco, que estoy hambrienta.

—Seca tu llanto, Dosojitos; te diré una cosa para que nunca más padezcas hambre. Sólo con que digas á tu cabra:

Cabrita, cabrita, pon la mesita,

verás aparecer delante de ti una mesa limpiamente puesta y cubierta de los más exquisitos manjares, de los que podrás comer hasta hartarte. Y cuando estés satisfecha y ya no necesites la mesa, di:

Cabrita, cabrita, quita la mesita,

y la mesa desaparecerá.

Fuése la hada, y Dosojitos, queriendo comprobar en seguida, pues el hambre la apretaba, si era cierto lo que aquélla le dijera, pronunció las palabras mágicas, y apenas las hubo dicho, vió aparecer una mesita cubierta con blanco mantel, y en ella un plato, un cuchillo, y un tenedor y una cuchara de plata, y exquisitos manjares, humeantes todavía, como si acabaran de salir del fuego.

Dosojitos rezó la corta plegaria, única que sabía, «Señor Dios, sé nuestro huésped, amén;» comió con delicia, y cuando estuvo satisfecha pronunció las otras palabras que la hada le había enseñado, é inmediatamente desapareció la mesa con todo lo que en ella había, y la muchacha quedóse alegre y contenta pensando que ya no padecería más hambre.

Por la noche, cuando regresó á su casa con la cabra, encontró un platito con comida que sus hermanas le habían dejado y que ella no probó.

Al otro día, volvió á salir con su cabra sin llevarse el par de mendrugos que le daban. La primera y la segunda vez que esto hizo, sus hermanas no pararon mientes en ello; pero al ver que todos los días era lo mismo, llamóle la cosa la atención y se dijeron:

—Lo que hace Dosojitos no es natural; antes devoraba cuanto le dábamos y ahora no quiere llevarse la comida. Eso indica que come en otra parte.

Y para averiguar la verdad, convinieron en que Unojito acompañara á Dosojitos cuando ésta fuese á apacentar la cabra, y viera lo que sucedía y si alguien le daba de comer y de beber.

Al levantarse Dosojitos á la mañana siguiente, acercósele Unojito y le dijo:

—Quiero ir contigo al campo y ver si la cabra come bien.

Pero Dosojitos, que comprendió la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba, y apartándose con Unojito, díjole:

—Vamos á sentarnos ahí; te cantaré algo.

Sentóse Unojito, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y su hermana empezó á cantar:

Unojito, ¿velas? Unojito, ¿duermes?

Unojito cerró su ojo y se quedó dormida; entonces Dosojitos, viendo que aquélla no podría enterarse de lo que ocurriera, pronunció las palabras mágicas:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y cuando se hubo hartado de comer y de beber, dijo:

Cabrita, cabrita, quita la mesita.

Y la mesita desapareció.

Dosojitos despertó entonces á su hermana, diciéndole:

—Querías vigilar y te has dormido, de modo que la cabra hubiera podido escaparse. Vámonos á casa.

Dosojitos dejó, como de costumbre, intacta la cena que le dieron, y Unojito no pudo explicar por qué aquélla no comía, y para disculparse declaró que se había dormido.

A la mañana siguiente, la madre encomendó la vigilancia de Dosojitos á Tresojitos, diciéndole:

—Es preciso que veas si tu hermana come fuera, pues en casa es donde ha de comer.

Salieron las dos muchachas, diciendo Tresojitos á su compañera:

—Quiero acompañarte para ver si la cabra come bien.

Dosojitos, comprendiendo la intención de su hermana, llevó la cabra á un prado de alta hierba y dijo á Tresojitos:

—Sentémonos ahí; te cantaré algo.

Tresojitos sentóse, rendida de cansancio, pues no estaba acostumbrada á tanto andar, y sofocada por el calor, que apretaba de firme, y Dosojitos cantó:

Tresojitos, ¿velas?

Pero en vez de cantar «Tresojitos ¿duermes?» dijo distraídamente:

Dosojitos, ¿duermes?

Con lo cual cerráronse solamente dos de los tres ojos de la hermana, mientras el tercero, del que nada había dicho la canción, permaneció despierto; pero Tresojitos, para disimular, lo cerró también, aunque de modo que pudiera ver lo que sucedía.

Dosojitos, creyéndola dormida, pronunció las palabras:

Cabrita, cabrita, pon la mesita.

Y comió y bebió á su placer, mandando luego que la mesita desapareciera.

Después despertó á su hermana, y al llegar á casa tampoco cenó.

Tresojitos explicó á su madre lo ocurrido, diciéndole cómo había aparecido y desaparecido la mesa, llena de manjares exquisitos, mucho más exquisitos que los que ellas comían en su casa, y añadiendo que lo había visto todo, gracias á que de los tres ojos que tenía sólo dos se habían dormido al canto de su hermana, permaneciendo despierto el tercero, el situado en medio de la frente.

En vista de ello, la envidiosa madre llamó á Dosojitos.

—¿Conque quieres vivir mejor que nosotras?, le dijo. Pues ya verás cómo se te quitan las ganas.

Y empuñando un cuchillo, clavóselo en el corazón á la cabra, que cayó muerta.

Dosojitos, al ver esto, salió desesperada de la casa y en el campo derramó sus más amargas lágrimas. En esto, se le apareció nuevamente el hada y le preguntó por qué lloraba.

—¿Cómo no he de llorar!, respondió la niña. Mi madre ha matado la cabra que todos los días, cuando le decía las palabras que vos me enseñásteis, ponía delante de mí la mesa cubierta de ricos manjares; ahora volveré á pasar hambre y á pensar.

—Voy á darte un buen consejo, repuso el hada; pide á tus hermanas que te den las entrañas de la cabra muerta y entiérralas delante de la puerta de tu casa. Con ello serás feliz.

Desapareció el hada, y Dosojitos, de regreso en su hogar, dijo á sus hermanas:

—Queridas hermanas, dadme algo de mi cabra; no pido ningún pedazo de los buenos, sólo las entrañas.

—Si no es más que esto, lo tendrás, le repondieron sus hermanas riendo.

Y Dosojitos cogió las entrañas y por la noche enterrólas sigilosamente delante de la puerta de la casa, tal como el hada le había dicho.

A la mañana siguiente, cuando despertaron y salieron á la puerta, vieron un árbol magnífico, maravilloso, con las hojas de plata y los frutos de oro; no podía darse cosa más preciosa en todo el mundo. Nadie supo cómo había crecido aquel árbol durante la noche, y únicamente Dosojitos observó que había nacido de las entrañas de la cabra, porque se alzaba precisamente en el sitio en que aquéllas habían sido enterradas.

—Hija mía, dijo la madre á Unojito, sube al árbol y arranca algunas frutas.

La muchacha encaramóse al árbol; pero así que quiso coger las doradas manzanas, escapósele la rama de entre las manos, repitiéndose esto tantas cuantas veces intentó apoderarse de la fruta; de suerte que todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces la madre dijo á Tresojitos:

Ayuntamiento de Madrid

—Sube tú, que con tus tres ojos podrás ver mejor que Unojito.

Bajó ésta y subió aquélla; pero le sucedió lo que á su hermana: por más que miró, las manzanas de oro se le escaparon.

Impaciente la madre, subió ella misma; mas tampoco pudo lograr su propósito.

—Probaré yo, dijo Dosojitos; tal vez sea más afortunada que vosotras.

—¡Quién, tú!, exclamaron las dos hermanas. ¡Vaya unas pretensiones!

Sin embargo, la muchacha, sin hacerles caso, subió al árbol y las manzanas no sólo no huyeron del alcance de sus manos, sino que se le acercaron por sí mismas, de modo que Dosojitos pudo llenar con ellas su delantal.

La madre se las arrebató, y tanto ella como sus hermanas, en vez de tratar mejor á Dosojitos, la miraron con mayor envidia y la trataron con más dureza.

Sucedió un día que mientras toda la familia estaba al pie del árbol, aparecióse por allí un jinete joven.

—Escóndete en seguida, Dosojitos, gritaron las dos hermanas al mismo tiempo que echaban sobre ella una cuba vacía, debajo de la cual metieron también las manzanas de oro que poco antes Dosojitos había cogido.

Acercóse el jinete, que era un guapo mancebo, y deteniéndose asombrado junto al árbol de hojas de plata y frutos de oro, habló así á las dos hermanas:

—¿De quién es ese árbol? Quien me diera una rama de él, podría pedir en cambio cuanto quisiera.

Unojito y Tresojitos contestaron que el árbol era suyo y que de buen grado arrancarían una rama para regalársela; pero por más esfuerzos que hicieron no lograron su objeto, porque las ramas y los frutos se apartaban cada vez que intentaban cogerlas.

—¡Es muy raro!, exclamó el desconocido. Decís que el árbol os pertenece, y no tenéis poder para arrancar una de sus ramas.

Pero las dos hermanas sostuvieron que el árbol era suyo.

En esto, Dosojitos, desde dentro de la cuba, tiró dos manzanas de oro que fueron á parar á los pies del caballero; la pobre muchacha estaba resentida porque sus hermanas no habían dicho la verdad.

El joven quedóse admirado al ver las dos manzanas y preguntó de dónde procedían; Unojito y Tresojitos respondieron que tenían otra hermana, pero que no podía presentarse porque no tenía más que dos ojos, como el común de los mortales.

El caballero quiso verla y la llamó.

Entonces Dosojitos salió animosamente de debajo de la cuba, y el joven, asombrado de su mucha belleza, le dijo:

—Dosojitos, ¿puedes arrancar para mí una rama del árbol?

—Ciertamente que puedo, porque el árbol es mío. Y encaramándose ligera, arrancó con gran facilidad una rama de hojas de plata y frutos de oro y se la entregó al caballero.

—¿Qué quieres en cambio?, preguntó éste.

—¡Ay!, exclamó Dosojitos. Padezco hambre y sed y toda clase de sufrimientos desde que amanece hasta muy entrada la noche; si quisieras llevarme contigo y salvarme, me consideraría feliz.

El joven hizo montar á Dosojitos en su caballo y se la llevó al castillo de su padre, en donde le dió buenos vestidos y comida y bebida á su placer; y como se prendó de ella, quiso hacerla su esposa, celebrándose la boda en medio de la mayor alegría.

Cuando el caballero se llevó á Dosojitos, las hermanas de ésta sintieron gran envidia de su felicidad; pero se consolaron pensando: «De todos modos, aquí se queda el árbol maravilloso, y aunque no podamos arrancar sus frutos, la gente vendrá para verlo y se detendrá admirada, y quién sabe si será nuestra fortuna.»

Pero á la mañana siguiente el árbol había desaparecido, desvaneciéndose con ello sus esperanzas.

En cambio, Dosojitos, al asomarse á la ventana de su cuarto, pudo ver, con la natural alegría, que el árbol estaba allí, delante del palacio.

Dosojitos vivió largos años contenta y dichosa. Un día llegaron al palacio dos pobres mujeres pidiendo limosna, y en ellas reconoció Dosojitos á sus hermanas Unojito y Tresojitos, las cuales se habían visto reducidas á tan miserable estado, que tenían que ir mendigando de puerta en puerta un pedazo de pan.

Dosojitos las acogió cariñosamente, y fué tan bondadosa con ellas, que las dos se arrepintieron de todo corazón del mal que en su juventud habían hecho á su hermana.



CABRITA, CABRITA, PON LA MESITA!, cuadro de Herberto Arnold, inspirado en un cuento de los hermanos Grimm. (Véase el artículo de la página anterior.)